

Hablan las madres: maternidad, escritura y posibilidad de la experiencia

When Mothers Speak: Maternity, Writing, and the Possibility of Experience

TERESA CALATAYUD GALEANO
Universidad de Granada

recibido: 23/01/2026 Aceptado: 03/03/2026

RESUMEN

Cuando la maternidad se articula en la escritura en primera persona, deja de ser un objeto narrado desde fuera y se convierte en un lugar de enunciación. Este artículo analiza *Derivas* (2023), de Kate Zambreno, *Los argonautas* (2018) de Maggie Nelson y *Un trabajo para toda la vida* (2023), de Rachel Cusk, para examinar cómo estas obras reconfiguran la maternidad desde la experiencia corporal, en diálogo crítico con su dimensión institucional y simbólica. La propuesta no consiste en abandonar estas categorías, sino en desplazarlas: pensar la maternidad como posibilidad misma de experiencia, esto es, como una gramática de la creación. Estas escrituras hacen visible la exclusión simbólica y material que atraviesa la maternidad (tiempo, trabajo, legitimidad cultural) y, al mismo tiempo, producen formas de lenguaje que no reducen el cuerpo gestante a función ni a límite. La hipótesis sostiene que escribir desde la maternidad no añade un nuevo tema a la literatura, sino que transforma las condiciones mismas de lo decible al reinscribir el cuerpo gestante como lugar de sentido, pensamiento y creación.

PALABRAS CLAVE

ENUNCIACIÓN MATERNA; GESTAR; ESCRITURA CORPORAL;
EXCLUSIÓN SIMBÓLICA; POÉTICA

ABSTRACT

When maternity is articulated through first-person writing, it ceases to be an object narrated from outside and becomes a site of enunciation. This article examines how *Drifts* (2023) by Kate Zambreno, *The Argonauts* (2018) by Maggie Nelson, and *A Life's Work* (2023) by Rachel Cusk reconfigure maternity through embodied experience, in critical dialogue with its institutional and symbolic dimensions. Rather than abandoning these categories, the article proposes a shift: to think maternity as a condition of possibility, that is, as a grammar of creation. These writings expose the symbolic and material exclusions that shape maternity (time, labor, cultural legitimacy) while simultaneously producing forms of language that refuse to reduce the gestating body to function or limit. The central claim is that writing from maternity does not introduce a new literary theme, but transforms the very conditions of what can be said, by reinscribing the gestating body as a site of meaning, thought, and creation.

KEYWORDS

MATERNAL ENUNCIATION; GESTATION; EMBODIED WRITING;
SYMBOLIC EXCLUSION; POETICS

HACE MÁS DE CUATRO DÉCADAS, Adrienne Rich publicaba *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución* (1976) señalando que, en lo que respecta a las maternidades, aún quedaba todo por hacer. Su planteamiento bifronte, maternidad como institución y como experiencia, sentó las bases para un pensamiento crítico que, desde entonces, no ha dejado de tensarse y transformarse: desde los feminismos de la igualdad, que lucharon por desasociar lo materno de lo femenino, hasta las corrientes deconstructivas y de la diferencia, que apostaron por resignificar la maternidad como fuente de conocimiento, de lenguaje y de subjetividad.

En los últimos años, los debates en torno a la maternidad se han multiplicado, desplegando una pluralidad de enfoques que tensionan sus dimensiones biopolíticas, afectivas y materiales. Este artículo se sitúa en ese campo de tensiones, pero propone un desplazamiento adicional: pensar la maternidad no solo como institución ni como experiencia individual, sino como posibilidad misma de experiencia, es decir, como figura poética, como gramática de la creación. Desde esta perspectiva, lo materno se concibe como una fuerza. Lo que está en juego no es un cuerpo como organismo reproductor, sino un cuerpo erótico, afectivo, atravesado por deseo y lenguaje. Esa misma fuerza, la que anima al cuerpo y produce sentido, es la que también atraviesa los discursos sobre la maternidad y los reconfigura.

I. HABLAN LAS MADRES: EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO...

Cada semana
 una mujer distinta tiene la cara de mi madre
 y él, que tiene tiempo,
 sin cambio,
 debe de estar asombrado,
 pues conocía y amaba sólo una
Padre, hijo y espíritu santo. Audre Lorde.

¿Qué sucede con lo maternal cuando quien lo narra lo hace en primera persona? ¿Qué fisuras se abren en el discurso hegemónico de la maternidad cuando las madres toman la palabra? Como advierte Nora Domínguez en *De dónde vienen los niños* (2007), el discurso de las madres ha sido sistemáticamente subordinado y moldeado por la palabra del hijo (Domínguez, 2007: 10). Es decir, la madre surge tradicionalmente en el relato a través de las palabras de otros. Su figura permanece atrapada en un sistema simbólico que la contempla desde fuera: como objeto de amor incondicional, de sacrificio silencioso, de temor, o de veneración. Tanto la “madre perfecta” como la “madre imperfecta” funcionan como modelos hegemónicos que perpetúan estas dos posiciones enfrentadas y excluyentes que clausuran otras posibilidades de ser (Tubert, 1996: 36). Ese mismo orden que sacraliza a la madre, borra la experiencia concreta de quien materna, expropiándola del cuerpo que la sostiene. Así, la materia vivida es desplazada en favor de una especulación discursiva que se formula siempre desde fuera.

La invitación formulada por Rich a “volver a los textos del pasado [...] y, al mismo tiempo, explorar cómo las mujeres son capaces de verse, nombrarse e imaginarse a sí mismas” (Rich, 2019: 24) orienta el recorrido de este artículo. A través de tres libros escritos desde el presente y en su presente gestante: *Derivas*, de Kate Zambreno (2023), *Los argonautas*, de Maggie Nelson (2018) y *Un trabajo para toda la vida* (2023), de Rachel Cusk, no buscando encasillar la maternidad en nuevas identidades, sino tratando de afinar el oído para escuchar lo que emerge al escribir desde el cuerpo: una búsqueda de conexiones y de una lengua desde la cual repensar la maternidad como figura de la creación no falocéntrica.

Lo que todas estas obras y autoras tienen en común son, principalmente, dos cuestiones. La primera: todas son escritoras. Puede parecer una obviedad, pero en muchas ocasiones una de las principales dificultades a las que se enfrentan las maternidades desde los feminismos es que el acceso al mundo del trabajo requiere del control de la natalidad. Aunque se hayan hecho avances, la maternidad sigue estando marcada por una posición de subordinación

simbólica, epistemológica y política. Como explican Villarmea y Massó (2015) retomando el análisis de Pateman, esta jerarquización se sustenta en la histórica separación entre lo público y lo privado, que continúa ubicando a las mujeres en el espacio doméstico especialmente si deciden matenar ¹ (Villarmea y Massó, 2015: 1).

En un primer momento nos proponemos re-pensar los motivos de su exclusión del orden simbólico, así como las dificultades que implica su ingreso en él. Partimos de la convicción de que, en los textos analizados, al desdibujar la frontera entre lo público y lo privado, la procreación se presenta no como una simple función reproductiva, sino como un acto creativo vinculado a la práctica cultural.

Por otro lado, estos textos tienen en común el ser narrados en primera persona. Esto las unifica en un contexto en el que se sitúan como madres que luchan por recuperar la subjetividad allí donde se ha visto comprometida. Defendemos que lo logran al romper con la imagen tipificada de la madre para explorar las tensiones, los límites y los conflictos de esa experiencia. Así, nos permiten comprender mejor los discursos que han contribuido a desacreditar y a esencializar la maternidad. De hecho, estas obras se alejan de los modos tradicionales de representación y proponen una forma nueva que desatiende o no encaja con las formas viejas para desplazarse sin quedar restringida por normas establecidas o marcos cerrados.

En este contexto, tomar la palabra en primera persona no es solo un gesto literario: permite reconfigurar los límites de la subjetividad y disputar los marcos simbólicos que la han excluido. Por ello, consideramos que la literatura escrita en primera persona por madres es un lugar privilegiado en el que no solo se narra, sino que se imagina, se crean nuevos símbolos al tiempo que se desestabilizan los hegemónicos. Cuando la diferencia ha sido negada o silenciada, su emergencia no puede producirse sólo desde lo teórico, sino que requiere de lo estético como espacio de visibilización de lo singular y lo excluido (Hein, 1990: 20-22). Siguiendo a Kristeva, entendemos que el ingreso en el discurso no se realiza desde la lógica abstracta, sino desde lo afectivo, lo encarnado, lo estético (Kristeva, 2000: 89) Es desde el cuerpo y sus experiencias donde

1 Silvia Federicci, en *Ir más allá de la piel*, expone que, si bien hoy y en nuestro contexto la familia tradicional ha dejado de ser la norma, no ha cambiado tanto la situación en relación con el trabajo: “en la mayoría de los empleos que se da por sentado que los trabajadores está libre de responsabilidades familiares o tienen a alguien en casa haciéndose encargo del trabajo doméstico” (Federicci, 2022: 66). De hecho, cita a Jenny Brown en *Birth Strike* para tomar el concepto de huelga silenciosa, el cual explicaría la tasa de descenso de natalidad al conocer la relación de la procreación con todos los aspectos de nuestra vida. Tanto en EE.UU. como en algunos países europeos, expone, “las mujeres tienen menos hijos porque supone menos trabajo doméstico y menos dependencia, por ende, del hombre (Federicci, 2022: 40).

se gesta una nueva producción de sentido. Tal como afirma María Galindo, hablar en primera persona desde la propia experiencia, con sus límites, contradicciones y memorias, permite politizar lo íntimo, abandonar el rol de víctima y reinventarse desde lo singular (Galindo, 2022: 54-55). Como sintetiza magistralmente Maggie Nelson: “Las palabras cambian según quien las dice” (Nelson, 2018: 16).

En síntesis, en la medida en que en estas obras las madres hablan en primera persona, pretendemos evidenciar las estrategias de silenciamiento a las que han sido sometidas, para después analizar las posibilidades y dimensiones que se despliegan al pensar la maternidad como posibilidad de la experiencia, es decir, como poética.

II. NO ESCRIBIRÁS: LA EXCLUSIÓN SIMBÓLICA

Se les dice que no deben intentar ser madres y a la vez escritoras, porque tanto los niños como los libros sufrirán, porque no se puede, porque es antinatural. (Le Guin, 1988: 27).

La cita que introduce este apartado permite problematizar la maternidad como una condición estructuralmente antagonista a la escritura. Para las autoras aquí trabajadas, Zambreno, Nelson y Cusk, escribir desde la experiencia materna supone enfrentar la interrupción, el aplazamiento o la imposibilidad misma del acto creativo: “Las escritoras que conozco que son madres me dicen que no podré escribir durante los dos primeros años”, escribe Zambreno (Zambreno, 2023: 201); del mismo modo, Nelson reconoce: “no puedo escribir y sostener a mi bebé al mismo tiempo” (Nelson, 2018: 21). La maternidad, en tanto institución tal y como la describió Rich, continúa operando a través de múltiples dispositivos. Entre ellos, la exclusión del trabajo doméstico del ámbito productivo (Rich, 2019: 352) y la perpetuación de la desigual distribución del cuidado, todavía hoy una cuestión de política sexual (Cusk, 2023: 24–26).

La conciliación entre escritura y maternidad es, así, profundamente conflictiva: Cusk comienza su libro explicando cómo logró escribirlo, y Nelson afirma que “prácticamente todo cuanto leí y escribí en ese tiempo, lo leí y lo escribí en espacios públicos, como ahora mismo, que escribo en público” (Nelson, 2018: 21)². Más allá de los obstáculos materiales, la irrupción reciente de ciertas escrituras maternas es percibida, a menudo, como una anomalía. Al desbordar los marcos de conceptualización dominantes, estas voces son relegadas a una

² Introduzco este punto para destacar la persistencia de una cuestión de clase que no puede ser ignorada. En este sentido, resulta pertinente consultar *Hablar en lenguas: una carta a escritoras tercermundistas*, donde Gloria Anzaldúa le dice a Wolf que olvide su “cuarto propio”.

exterioridad simbólica y etiquetadas de subversivas. Las reacciones críticas al libro de Cusk evidencian esta incomodidad frente a una palabra materna en el espacio público: su obra fue calificada de ofensiva, y su autora, como ella misma ironiza en el prólogo, asociada al “odio a los niños” (Cusk, 2023: 18).

Mientras persista el ideal normativo de una maternidad incondicional, constante y desprovista de cólera, pocas experiencias podrán conciliarse con el acto de matenar. Cusk lo resume al señalar que la maternidad implica una presencia absoluta: “Lo único que hace falta es que esté ahí, y ese ‘lo único’ lo es todo, porque estar ahí significa no estar en otra parte” (Cusk, 2023: 88). Este discurso hegemónico, interiorizado socialmente, genera en muchas mujeres un rechazo hacia la maternidad y una distancia respecto a su propio cuerpo. Kristeva observa que, en la primera ola del feminismo, esta tensión condujo a una negación de los atributos femeninos, considerados incompatibles con la participación en la historia (Kristeva, 1995: 91). Así, la maternidad quedaba configurada como un obstáculo que empuja a las mujeres hacia una identificación con lo masculino como vía de reconocimiento. Rich lo sintetiza al afirmar que pensar como un hombre fue, para muchas mujeres, una forma de evadir “la trampa del cuerpo”, llevando a algunas a minimizar sus vínculos femeninos, incluso a desear una existencia incorpórea (Rich, 2019: 81).

Esta lógica de identificación implica concebir el cuerpo como una limitación y, en consecuencia, contribuye a la configuración de la mujer y en particular de la madre, como una figura opaca, difícil de articular dentro de los marcos simbólicos patriarcales. En un modelo de subjetividad moderna que se erige sobre la autonomía, la racionalidad y la separación del cuerpo, la figura materna, ligada a la corporeidad y a la dependencia, ocupa una posición marginal (Stone, 2012: 3). El embarazo acentúa esta exclusión al intensificar la percepción de vulnerabilidad, poniendo en evidencia desigualdades estructurales que afectan a las mujeres. Así, el rechazo a la maternidad puede interpretarse como una respuesta a la obliteration de la subjetividad femenina que conlleva. En las narrativas analizadas, la transición a la maternidad aparece, en ocasiones, como una pérdida de reconocimiento social e intelectual: “No me preguntan por mí, por cómo me siento, qué hago con mi tiempo, qué estoy escribiendo, pero sé que quieren ver mi cuerpo de embarazada” (Zambreno, 2022: 241). La madre deja de ser sujeto para volverse función: sustento pasivo de otras subjetividades. La identidad se escinde en dos polos antagónicos: el de la madre abnegada y el del yo autónomo. Cusk lo formula con precisión: “Para ser madre tengo que olvidarme del teléfono, del trabajo y de hacer planes. Para ser yo, tengo que dejar que la niña lllore [...] el éxito de una es el fracaso de la otra” (Cusk, 2023: 74). El cuerpo, lejos de habilitar, limita: el embarazo encarna la traición de la carne a la individualidad. No es de extrañar que Zambreno en *Derivas*, siga denunciando esta traición:

Aunque no estoy segura de haberme creído en algún momento que yo era fértil. (...) Supongo que de alguna forma eso es lo que siempre he pensado de mí misma. Y de un modo perverso mi cuerpo obedecería a esos sentimientos. Y sin embargo mi cuerpo traicionaba constantemente como yo deseaba que actuara (Zambreno, 2023: 34).

Aunque no la mencione directamente, es posible leer esta cita en un diálogo implícito con Simone de Beauvoir, concretamente con su descripción del embarazo como una experiencia de extrañamiento corporal: “Con frecuencia no parece maravilloso sino más bien horrible que un cuerpo parásito prolifere dentro de su propio cuerpo; la mera idea de esta monstruosa hinchazón la atemoriza” (Beauvoir, 1974: 336). Esta percepción ambivalente del cuerpo gestante lleva a Zambreno a una situación compleja: expresa su deseo de “escribir una novela que contenga la energía del pensamiento” (Zambreno, 2023: 45), al tiempo que lamenta ser convocada solo a eventos sobre feminismo pues teme ser leída únicamente en calidad de mujer (Zambreno, 2023: 46). Por ello, en la primera parte de su relato reivindica su filiación con figuras como Rilke, Walser o Kafka, autores que también forman parte de su cuerpo y a los que no quiere renunciar. Pareciera que solo para ellos está disponible la capacidad de crear. Esta tensión entre cuerpo e intelecto remite, a su vez, a las metáforas con las que históricamente se ha pensado la creación estética, estrechamente ligadas a la gestación.

II.1. EL LENGUAJE DE LA CREACIÓN

Siguiendo a Susan Stanford Friedman, Hilda Hein advierte que las representaciones tradicionales tanto del parto como de la creatividad han sido formuladas desde una perspectiva masculina. Paradójicamente, aunque el lenguaje de la creación estética está impregnado de metáforas gestacionales, dar forma, engendrar, alumbrar, estas excluyen precisamente a quienes “aportan la experiencia como fuente de toda esta especulación lingüística”, (Hein, 1990: 24). En ese sentido, Nelson denuncia que incluso cuando las mujeres consultan los mismos satélites o leen del mismo guión, su versión de las cosas siempre está bajo sospecha (Nelson, 2018: 60).

Así, mientras la creación masculina se concibe como acto voluntario y trascendente, en las mujeres esta capacidad es naturalizada, lo que contribuye a su exclusión del ámbito legitimado de la producción cultural. Sin embargo, como sosteníamos en la introducción, los textos que analizamos resisten esta dicotomía al replantear la experiencia gestacional como una forma legítima de creación, una práctica cultural situada y encarnada. Este gesto se aproxima a lo que Friedman ha llamado la “metáfora femenina” de la creación, en la que el cuerpo no limita, sino que funda una forma otra de pensamiento (Hein, 1990: 26). En esta línea, Cusk ofrece una imagen punzante de esa expe-

riencia al afirmar: “Lamentar haber dado vida a algo es someterlo al más cruel abandono. Y tuve la sensación de que este era un libro abandonado cuando lo saqué” (Cusk, 2023: 20), vinculando así la gestación con la creación literaria. Zambreno, por su parte, refuerza esta indistinción entre cuerpo y texto cuando se pregunta: ¿estoy hablando del libro o del embarazo?” (Zambreno, 2023: 260) De hecho, retomando de nuevo la declaración de Zambreno en relación con la fertilidad, entendemos que aquí ya está esta doble connotación: *Derivas* no solo es un libro sobre la llegada de un bebé, es un libro sobre la llegada de la escritura. Este enfoque se presta a una analogía con la concepción de Cixous sobre el “libro por venir”. Un libro que siempre está en el umbral de su llegada, ya escrito y, al mismo tiempo, aún inalcanzable (Cixous, 2006: 71).

Entendemos ahora que el hecho de que el cuerpo de Zambreno la “traicionara” refiere al mismo tiempo al embarazo y a la escritura. La posición de quien escribe lleva consigo una suerte de pasividad que es la que permite conocer las cosas dejándonos conocer por ellas. Ya nos advertía Cixous que la llegada a la escritura es una relación de actividad-pasividad: “la intervención de mi parte es en una suerte de posición, de actividad-pasiva como si yo me incitara: déjate hacer, deja pasar la escritura, déjate mojar, relájate, lámelo todo (...). Una práctica de la más grande pasividad” (Cixous, 2006: 87). Así, Zambreno entiende que lo creativo es algo más: “hace tiempo que me intereso por lo que se escribe cuando no se está escribiendo” (Zambreno, 2023: 23), lo que no es otra cosa que el propio embarazo. Por ello, incorpora no solo la palabra escrita, sino también fotografías hechas por ella o en las que ella aparece, obras y fotogramas que la acompañaron durante el proceso de escritura y embarazo. Estas fotografías actúan como una capa adicional de significación, una presencia visual que dialoga con el texto y refleja la experiencia corporal y afectiva que atraviesa la autora. Así, Zambreno amplía la noción de creación, entendiendo que lo creativo no se reduce a la escritura en sí misma. Como declara Hein, no se trata de una supuesta incapacidad femenina, sino de un modelo restrictivo de creatividad: “¿Por qué limitar la creatividad a una banda de movimientos tan estrecha que solo un pequeño espectro de comportamientos se califica como instancias de ella?” (Hein, 1998: 38). Así, la negatividad femenina que emergía a la sombra de la presencia masculina no equivale a una simple ausencia, sino a una posibilidad, lo que queda para las mujeres no es lo impensable, sino lo impensado, un espacio desde el que situarse y pensar lo subversivo, desde el que escribir.

II.2. ESCRIBIR DESDE EL CUERPO. CITAR-SE

Decíamos que el lugar de enunciación condiciona la forma de lo enunciado, así, Cixous convoca a la mujer para que su cuerpo se escriba: convoca a escribir con el cuerpo, en el cuerpo y desde el cuerpo: “Es necesario que la mujer escriba su cuerpo, que invente la lengua inexpugnable

que derrumbe muros de separación, clases y retóricas, reglas y códigos, es necesario que sumerja, que perfora y franquea el discurso de última instancia” (Cixous, 1995: 58).

Allí donde todo se juega en una relación a la lengua, en un cuerpo a cuerpo con la lengua (Cixous, 2010: 87), hay un lugar que el propio cuerpo, como tejido de relaciones sociohistóricas, ocupa. Es el momento de dislocarlo. Es el momento de salirnos del lugar construido para cuerpos que no son los nuestros; estas escrituras recuperan el cuerpo como recurso y no como destino (Rich, 2019: 80). Pues, lo que impide que un libro se escriba, se convierte –como dice Zambreno citando a Camus que cita a Marco Aurelio– en el propio libro (Zambreno, 2023: 50). Es decir, no se trata solo de escribir *sobre* el embarazo o la maternidad, sino de escribir *desde* ahí:

La verdad es que de un tiempo a esta parte yo también he querido concluir toda identidad y comunidad. Pero entiendo que es un privilegio hacer algo así, o peor, un borrado intencionado. Responde que le encantaría prescindir de la raza o el género pero que hay muy poco espacio para aquello que no sea compatible con políticas conflictivas, por lo que acabamos cosificando esas identidades una y otra vez (...) aunque siempre somos nosotros mismos y otros todo el tiempo. Tú siempre eres el tú difuso y espectral. ¿No sigues siendo mujer cuando lees a Kafka? (Zambreno, 2023: 208).

La última frase de Zambreno nos interpela: ¿no sigues siendo mujer cuando lees a Kafka? Cuando el embarazo llega y Zambreno se reconoce en su certeza, el cuerpo se impone y la lleva a un acercamiento natural a otras mujeres dedicadas al arte que acaban narrando el discurso con ella: Chantal Ackermann, Sontag, Cixous, Lispector, Arbus, Ingeborg Bachmann. No nos indica en ningún momento su cambio de referencias, pero hacia la última página confiesa: “Con tanto dolor y abyección estaba segura de que ya no podría escribir sobre Rilke” (Zambreno, 2023: 309).

De tal modo, Nelson constituye también su relato a través de todas las lecturas que lleva consigo: Judith Butler, Susan Sontag, Luce Irigaray, Anne Carson, Julia Kristeva, Susan Fraiman. Así, lejos de constituirse como una memoria personal, el libro se escribe con y a través de otras. La forma de componer el relato con citas remite directamente a la práctica de escritura que Cristina Rivera Garza plantea en *Los muertos indóciles: Necroescrituras y desapropiación*. Al rechazar las nociones tradicionales de autoría y representación, esta práctica favorece una escritura dialógica que articula múltiples voces. En este sentido, las escrituras de Zambreno y Nelson son estratificadas, y sigue la propuesta de Garza de mover textos existentes de un contexto a otro (Garza, 2013: 28). De hecho, en ocasiones resulta imposible delimitar con claridad dónde comienza o termina cada una de las personas que se implican y se desdibujan mutuamente

en este proceso de escritura. Como afirma Sara Ahmed en *Vivir una vida feminista* (2021), citar es un acto político, “citar es construir memoria feminista” (Ahmed, 2021: 46).

Por su parte, Cusk también toma intuiciones ajenas e incluye pasajes de novelas leídas o recordadas mientras escribía, pero, a diferencia de Zambreno y Nelson, ella da el motivo de su elección: para ilustrar la transformación sensorial que implica la maternidad. Señala que ser madre alteró radicalmente su relación con la lectura y la cultura: el arte y la expresión adquirieron para ella un sentido más urgente, amplio y profundamente humano (Cusk, 2023: 29). Zambreno también narra una experiencia similar “Antes del embarazo sentía que mi pensamiento y mi escritura eran más sensibles e intensos que nunca, y el embarazo no ha hecho más que magnificarlo” (Zambreno, 2023: 285). Esto nos lleva de nuevo a la metáfora femenina de Friedman y nos confirma el modo en que logran superar la incongruencia de sus términos al crear una serie de complejas integraciones que afectan de manera diferente al modo en que entienden su propia creatividad (Hein, 1990: 25). Ya no decimos por tanto escribir *desde* el embarazo, sino escribir *como* embarazarse. Tal y como señala Cixous, “Escribir: como si aún tuviera ansia de gozar, de pujar, de sentir la fuerza de mis músculos, y mi armonía, estar embarazada y en el mismo momento procurarme las alegrías del alumbramiento, las de la madre y las del niño” (Cixous, 2006: 52).

Es decir, escribir como gestar, como el propio alumbramiento del otro que implica una disposición a recibir y dar vida a lo que aún no existe, pero ya está ahí. Derrida señala que “la invención en la que soñamos, la de lo totalmente otro, la que deja venir una alteridad aún inanticipable y para la cual ningún horizonte de espera parece aún listo, dispuesto, disponible” (Derrida, 2017: 123). En este sentido, la escritura se vive como un proceso de gestación y alumbramiento, en el que quien escribe no es una creadora solitaria, sino un cuerpo abierto al encuentro con una alteridad que lo trasciende. Es un acto que revela la verdad secreta del sujeto, su falta y su apertura a un otro que ya no es invención sino presencia real. Así, escribir es dejar venir al otro, hacer del lenguaje un útero, un espacio de acogida.

Esta apertura a lo otro encuentra eco en la manera en que Zambreno, Nelson y Cusk abordan la escritura desde la experiencia corporal y maternal, reafirmando la escritura como un espacio de gestación y de intersección entre el yo y el otro. Al reflexionar sobre el acto mismo de escribir, las obras de Zambreno, Nelson y Cusk se sitúan constantemente en los márgenes, revelando en su propia textualidad la impureza y la contaminación. Así, la forma misma en que se escribe comunica aspectos esenciales sobre el contenido que se narra. En este sentido, Zambreno concibe su libro *Derivas* como una forma en sí misma (Zambreno, 2023: 20), mientras que Nelson, con su escritura no

binaria, cuestiona tanto los límites del género literario como los de la identidad de género: carente de capítulos, introducción o conclusión, invita a comprender que escribir desde la maternidad implica no solo un tema, sino una reconfiguración integral del sistema escritural.

En tanto que narran las madres, la dinámica que su experiencia establece con la teoría requiere desestabilizar la determinación, es decir, la narración de la experiencia materna, relegada al margen, implica también subvertir las jerarquías del discurso, desplazar el canon hacia las zonas del margen, del cuerpo. Ahora bien, aunque estas autoras asuman una voz propia, como bien expone Cixous, más que propia es personal: “sé que mi lengua es la mía, personal pero no propia, procede de mi propia historia y además está cruzada, es un híbrido como todas las verdaderas lenguas, está cruzada por lenguas extranjeras” (Cixous, 2010: 121). Es decir, una voz personal que siempre está en relación y marcada por lo otro, que no se puede reducir a una propiedad exclusiva del sujeto. Lo personal se configura entonces como un territorio híbrido y relacional, donde la singularidad se entrelaza con la alteridad, y la voz se construye en diálogo constante con lo externo. La voz personal, plural, femenina, es una voz situada en el cuerpo evocado por la escritura femenina, maternal, como ha sido mostrado a través del acto de citar.

Ya hemos argumentado que el cuerpo ocupa el centro en la experiencia, pero si hablamos de gestación, el cuerpo embarazado se sitúa como lugar privilegiado. Tras señalar las causas de su exclusión simbólica, las dificultades aún imperantes para acceder a ciertos espacios discursivos y proponer la escritura como gestación, analizamos las posibilidades y dimensiones que surgen a partir de este último reconocimiento.

III. EL CUERPO COMO HABITACIÓN (IM)PROPIA

Kristeva establece una distinción entre lo simbólico (orden del lenguaje, signos y concatenación sintáctica) y lo semiótico (ritmos, afectos, cuerpo), plano que remite a lo transverbal y que el lenguaje reprime. En tanto que la semiótica transverbal se vincula con el cuerpo materno, se establece que la ruptura con lo semiótico supone la huida de este (Kristeva, 2000: 101-108). Sin embargo, nos dice Kristeva:

Lo semiótico, con sus dependencias maternas, constituye el horizonte más remoto al que accede el pensamiento cuando trata de pensarse en las fronteras de la physis y sumergiéndose en ella (...) lo semiótico contribuye a superar las dicotomías de la metafísica (Kristeva, 2000: 104).

Es decir, el cuerpo gestante sería un lugar privilegiado de la diferencia en tanto que, mediado por la naturaleza y la cultura, muestra la distinción entre lo femenino y lo masculino en su relación con el poder, con el lenguaje, con el

sentido (Kristeva, 2000: 104). Aún más, en su teoría de lo abyecto, Kristeva lo define como aquella parte de nosotros que debemos rechazar para delimitarnos como sujetos y, en ese sentido, lo primero que se abyecta es el cuerpo materno (Kristeva, 2004: 105). Lo abyecto, además, sería aquella zona ambigua donde la separación entre sujeto y objeto no está clara (Kristeva, 2004: 104). Así, podríamos pensar el cuerpo materno como cuerpo abyecto: “Quizás porque el alma o las almas en el útero emite estática, una estática que distorsiona nuestra habitual percepción del otro como un otro singular. La estática de enfrentarse no a uno, pero tampoco a dos” (Nelson, 2018: 137-138).

Este no enfrentarse a uno, pero tampoco a dos, refiere a la superación de la dicotomía clásica fuera/dentro. El embarazo, así entendido, define un proceso que supone un cambio en las coordenadas del ser (Cusk, 2023: 10) y que problematiza los límites del sujeto: “Tampoco entiendo los límites de este cuerpo nuevo que tengo. El Guardia de seguridad sigue observándome. Quizá tema que haya entrado en estado de fuga, lo que quizá haya hecho” (Zambreno, 2023: 246). Este estado de fuga que menciona Zambreno, refiere de nuevo al cuerpo embarazado como un cuerpo abyecto y poroso, en tanto que amenaza con expulsar, y de hecho expulsa, fluidos constantemente (la leche materna, la sangre, la placenta), conduciendo a la indeterminación de los límites del cuerpo. Aparece, por ejemplo, la mierda en el último trimestre de embarazo de Nelson: “durante el trabajo de parto, no fui capaz de cagar nada, porque sabía con una claridad absoluta que dejar salir la mierda significaría la completa desintegración de mi perineo, ano y vagina, todos a la vez” (Nelson, 2018: 126). Como vemos, estas escrituras no rechazan la abyección, sino que la narran para hacer visibles lo excluido del orden simbólico, concretamente, el cuerpo materno.

Así, defendemos que, en tanto que en estas narraciones es el cuerpo actante el que experiencia e identifica los diferentes fenómenos que suceden en torno a la gestación, logran proponer un cambio en la perspectiva del cuerpo que gesta y lo alejan de alienaciones externas. El cuerpo, el sujeto, ya no se define con relación al otro cuerpo, sino que se analiza en términos de encarnación. Así, por ejemplo, Nelson se coloca a sí misma como sujeto del parto y desestabiliza la idea de pasividad asociada al cuerpo gestante: “En la cuarta contracción o por ahí, empieza a venir. No sé bien si es él, pero puedo sentir el cambio. Pujo fuerte” (Nelson, 2018: 197). De hecho, al hablar del médico que está en la sala, solo dice: “parece agitado, a quién le importa” (Nelson, 2018: 197).

Además, al trabajar en contra de los discursos médicos y sociales dominantes, la escritura literaria puede mostrar la complejidad y la naturaleza escindida del cuerpo materno, según la realización de Kristeva. En lugar de proporcionar sistemas adecuados a la subjetividad patriarcal, imperante durante años en la construcción de un icono femenino idealizado, recogen la disrupción corporal que provoca un proceso biológico temporal como es el embarazo. Por ello,

realizamos a continuación un acercamiento a la narración específica del cuerpo embarazado para ver cómo se puede realizar la revuelta que Kristeva postula, pues esta se lleva a cabo en el mundo de la vida psíquica y sus manifestaciones³ (Kristeva, 2000: 28).

III.1. LA GEOGRAFÍA MÁS CERCANA⁴

¿Cómo se despliega el tiempo en la experiencia materna a través de la escritura? ¿De qué manera el dolor se inscribe y resignifica en las narrativas maternas? ¿Cómo se articula la transformación corporal como experiencia poética? ¿De qué modo la violencia obstétrica incide en la relación entre cuerpo y lenguaje en estas obras? Estas cuatro preguntas tratarán de ser respondidas a continuación.

Por un lado, consideramos que la escritura fragmentaria y no lineal de Zambreno y Nelson no responde únicamente a una cuestión estilística, sino que se justifica en una experiencia específica del tiempo vinculada a la maternidad. Esta dislocación temporal desborda la linealidad cronológica y encuentra su formulación explícita en Cusk, quien ya en el prólogo de su obra, señala la organización del relato según el tema y no de acuerdo con la secuencia de los días pues, durante ese periodo “el tiempo parecía transcurrir en círculos más que en un orden cronológico” (Cusk, 2023: 29).

Esta ruptura con la progresión temporal lineal encuentra resonancia en las conceptualizaciones del tiempo propuestas por el xenofeminismo. En este marco, Diann Bauer introduce la noción de *xenotemporalidad* como una forma de pensar el tiempo más allá de la experiencia humana inmediata y de las estructuras cronológicas dominantes (Hester, 2018: 12). Así, la maternidad puede ser entendida como una experiencia que subvierte los regímenes temporales modernos, marcada por interrupciones, simultaneidades, ritmos no controlables y una tensión constante entre urgencia y espera.

Prestando atención a sus títulos, todas las autoras remiten al tiempo o al viaje de algún modo, y comprenden un elemento incierto en esa temporalidad: *Argonautas*, *Derivas*, *Un trabajo para toda la vida*. Hester sostiene que la naturalización de ciertos modos de temporalidad –como la linealidad del tiempo reproductivo– forma parte del dispositivo de control sobre los cuerpos feminizados, en particular en su función gestante (Hester, 2018: 47).

3 Aunque las obras seleccionadas difieren de las narrativas experimentales y de vanguardia destacadas por Kristeva, creemos que en ellas también se da una ruptura en los imaginarios maternos. A partir de su planteamiento, reflexionamos sobre cómo estas fisuras pueden manifestarse en otras escrituras.

4 El título refiere al término utilizado por Adrienne Rich en *Apuntes para una política de la posición* para referir al cuerpo y la vida cotidiana.

Al rechazar esta naturalización, el xenofeminismo plantea una política del tiempo que permite pensar lo reproductivo no como destino sino como campo de intervención. En este sentido, los textos escogidos pueden ser leídos como inscripciones narrativas de una “xenotemporalidad” encarnada, que fragmenta, repite y dispersa la cronología, revelando una experiencia del tiempo corporal, afectivo y político.

Esta experiencia del tiempo puede ser rastreada en Zambreno, cuya absoluta obsesión es precisamente capturarlo: “últimamente he estado pensando en la relación de mi cuerpo con respecto al tiempo. Cómo transcurre este verano tan lenta y rápidamente. Como mi cuerpo que crece registra el paso del tiempo” (Zambreno, 2023: 251). Y, este tiempo de espera, registrado a través del cuerpo, difiere del tiempo productivo. Es decir, es un tiempo que no apunta al futuro, que no encaja con la narración teleológica.

Es interesante traer ahora a Federici en tanto que piensa el tiempo en el momento de dar a luz. A través del artículo de Fox sobre el tiempo subjetivo y objetivo, Federici argumenta que la práctica de cuantificar el tiempo que dura un parto enfatiza la eficiencia tal y como se haría en el ámbito de la producción. De tal modo, se reduciría el parto a un proceso mecánico (Federici, 2022: 68). Quizá es precisamente por esta cuestión que Cusk plasma su miedo al parto en la escritura: “El hecho de no haber leído ni oído en la vida una narración sincera del acontecimiento más ubicuo en el mundo me sugiere la presencia de un horror añadido en torno a este misterio” (Cusk, 2023: 38). Una vez más, se evidencia cómo las narrativas hegemónicas tienden a opacar la dimensión corporal, eludiendo su complejidad.

Ante esta situación, Nelson se esfuerza en narrar su experiencia: 24 horas de parto no exentas de sensaciones físicas y complicaciones que pudieron no haberse resuelto adecuadamente. No pretendo reproducir su relato, pero considero esclarecedor retomar las reflexiones de Rich, quien aborda el parto a través de Simone Weil, distinguiendo entre el dolor como experiencia significativa y la aflicción como forma de opresión. Inspirada por esta distinción, Rich analiza cómo el sufrimiento del parto ha sido históricamente controlado y medicalizado, transformándolo en una experiencia a menudo alienante. No obstante, también sostiene que el dolor del parto puede abrir una vía hacia el conocimiento corporal, revelando así la tensión entre opresión y posibilidad en la experiencia femenina (Rich, 2019: 221). De esta manera, narrar el dolor en la experiencia de la gestación desplaza la idea de que la madre es o debería ser indiferente a sus propios sentimientos. De hecho, en estas narraciones vemos que convertirse en madre provoca nuevos sentimientos e impulsos que chocan con los ideales sociales que los excluyen. Cusk, ante el llanto de su bebé, empieza a gritar: “No sé muy bien qué estoy gritando, algo sobre lo injusto que es, sobre

lo completamente irrazonable que es que quiera CINCO MINUTOS para mí. ¡CÓMO TE DUERMES! Grito, ahora de pie sobre su cuna” (Cusk 2023: 79).

Este episodio revela la rigidez de las expectativas sociales en torno a la maternidad y la dificultad para liberarse de ellas, generando culpabilidad en la autora. Exponer estas experiencias supuestamente negativas resulta un acto necesario en tanto que visibiliza lo tradicionalmente oculto. Al expresar el dolor físico y las emociones ambivalentes hacia su hija a través de la escritura, Cusk desafía las narrativas masculinas hegemónicas, desmantelando formas codificadas y permitiendo que el cuerpo recupere su propia experiencia.

Por otro lado, decíamos que el cuerpo se reconoce extraño a través de los cambios que se inician en la concepción, asunto que las escritoras analizan a través de las posibilidades epistémicas de lo reproductivo: “Siento mi cuerpo hinchado ajeno a mí. Podría leerse la metamorfosis de Kafka como una alegoría del embarazo, un cuerpo que de repente se vuelve extraño” (Zambreno, 2023: 203). Recupero esta cita por la caracterización del cuerpo embarazado como un cuerpo que hace la metamorfosis, descripción que se aleja de la normatividad con la que se representa a las embarazadas y se acerca más bien a lo gótico (Zambreno, 2023: 293). Si vamos a *Argonautas*, la cuestión de la no-normatividad se hace explícita a través de lo *queer*:

¿Hay algo inherentemente queer⁵ en el embarazo mismo, en tanto modifica profundamente tu estado normal y ocasiona una intimidad radical –así como una alienación radical– con tu cuerpo? ¿Cómo es posible que una experiencia tan profundamente extraña y feroz y transformadora también simbolice o ponga en escena la actitud conformista por definición? ¿O es esta solo una manera más de descalificar cualquier cosa que mantenga un vínculo demasiado estrecho con el animal femenino respecto a los términos privilegiados? (Nelson, 2018: 24)

Nelson nos recuerda así que cualquier experiencia corporal puede volverse nueva y extraña, que nada de lo que hacemos en esta vida tiene por qué estar limitado, que ningún conjunto de prácticas o relaciones tiene el monopolio de lo llamado radical o de lo llamado normativo. Lo queer y el cuerpo gestante comparten, en este sentido, una intimidad radical que solo puede alcanzarse a través de un desgarró en el orden simbólico: una fractura que desestabiliza las expectativas normativas sobre el cuerpo y el sujeto. Como Nelson señala, así como no puede delimitarse con claridad lo interior y lo exterior en el campo del género (Nelson, 2018: 79), tampoco es posible trazar con precisión los límites del embarazo. Esta condición liminar permite pensar el cuerpo gestante no en oposición a la norma, sino como aquello que la desborda desde dentro.

5 Volveremos sobre estas reflexiones en la conclusión, ya que nos permite introducir el tercer capítulo del TFM: Salirse de madre, sobre maternidades queer.

En esta línea, Webster en *Desorganización y sexo*, describe el momento de “romper aguas” como un acontecimiento corporal que escapa a los ritmos normativos del sistema médico y del relato institucional sobre el parto: el pánico que esto provocó en el personal médico, que necesitaba que la rotura de aguas se alineara perfectamente con estar de parto, cuando a menudo no es así” (Webster, 2025: 14). Así, del mismo modo que Nelson, Webster apunta a una tensión entre el cuerpo vivido y el cuerpo regulado, mostrando como el cuerpo embarazado, en tanto experiencia queer, se presenta como exceso, como algo que no encaja ni siquiera en las lógicas supuestamente diseñadas para él. Romper aguas antes de lo “previsto” se configura como una ruptura literal y simbólica, una emergencia del deseo corporal que no pide permiso y que desordena el guion.

Por último, creemos necesario introducir que la experiencia de la alienación radical con el cuerpo podría vincularse con el hecho de que las narrativas médicas en torno al mismo eviten cualquier tipo de sentimiento o significado personal. Además, el hecho de que esté constantemente variando lo “adecuado”, provoca que la maternidad se descolectivice y la mujer se convierta en espectadora de su propio embarazo, como si el vientre se escindiese del cuerpo y sobre él se acoplase toda la información a través de terceros (Imaz, 2001: 108). La clave para argumentar esto nos la proporciona Cusk: “Del embarazo únicamente sé lo que todo el mundo: es decir, lo que parece desde fuera” (Cusk, 2023: 35). Muestra así, desde su posición maternal incómoda para lo patriarcal, que el cuerpo que gesta ha sido históricamente objeto de control institucional. Rescatamos ahora la experiencia de Nelson, en tanto que se sometió a distintos tratamientos para poder quedarse embarazada: “yo me entretenía en tratar de inflar mi pared uterina tragando montones de malolientes cápsulas beige y unas resbalosas píldoras marrones (...) de mano pesada, es decir, uno que me dejaba mis piernas cubiertas de moretones” (Nelson, 2018: 78).

Estas prácticas en relación con el poder reproductor de la mujer desplazan la experiencia subjetiva al control objetivo, a menudo regulado desde lo masculino (Rich, 2019: 78). No obstante, como hemos tratado de mostrar, el acto de tomar la palabra supone un desplazamiento crítico que no busca simplemente ocupar lugares preexistentes, sino cuestionar y dismantelar las posiciones normativas que configuran las narrativas sociales y políticas en torno a la experiencia materna.

IV. A MODO DE CONCLUSIÓN: Y EN EL NO-NOMBRE DE LA MADRE

Al inicio del artículo introducíamos unos versos de Audre Lorde que ahora recuperamos: “Cada semana una mujer distinta tiene la cara de mi madre”. Esta imagen condensa en pocas palabras lo que hemos tratado de esbozar: la maternidad como posibilidad de la experiencia, entendiéndola como un proceso activo y dinámico que genera sentido y significado a través de las relaciones corporales y afectivas.

Las autoras escogidas logran con la narración de su experiencia reivindicar que, efectivamente, esa experiencia vale como escritura. Es reivindicar que el embarazo, el duelo, el afecto, pueden generar teoría; que el pensamiento también emerge desde el cuidado. Como bien dice Zambreno, tal vez sea eso lo que es ahora la escritura, “una manera de existir y de procesar existencia” (Zambreno, 2023: 62). Así, defendemos que estos textos seleccionados no sólo interrogan sobre el qué es digno de escritura, sobre el cómo o para qué hacerlo, cuáles son las relaciones entre palabra y subjetividad, sino que se responden a su vez desde esta acción: escribiendo, publicando. La posibilidad de desarticular la ilusión de una maternidad única, fija y sacralizada parte, como señala Federici, de recuperar el vínculo con nuestros cuerpos y reconocer su potencia política y transformadora (Federici, 2022: 17). Desde esta reapropiación corporal se abre la posibilidad de imaginar futuros habitables más allá del cuerpo normado y del espacio asignado, y de desplazar el modelo de “la madre” hacia un horizonte de maternidades en plural, sin molde.

La madre deja de ser una figura estable para volverse una multiplicidad de rostros, cuerpos y memorias: “que cada semana una mujer distinta tenga el rostro de la madre”, es una invitación a preguntarnos por las alianzas posibles y necesarias dentro de una categoría amplia como lo femenino, teniendo a la vista la necesidad de continuar creando otros modos de decir y escribir. En ese sentido, Nelson nos ofrecía un punto de partida clave al preguntarse cómo escribir desde lo personal, desde la familia, desde el cuerpo, de un modo que convoque a otros y abra espacios de encuentro (Nelson, 2018: 12). En *Los argonautas*, la imagen de una nave cuyas partes cambian sin dejar de ser la misma propone una forma de escritura y de amor en constante transformación (Ternicier Espinosa, 2024: 39). Barthes la describe como el trabajo de dar a una misma frase inflexiones siempre nuevas, algo que Nelson, como Zambreno y Cusk, realizan con una prosa que incorpora otras voces, tensiones y afectos.

Esta apertura estética y afectiva encuentra un correlato político en la necesidad de repensar la maternidad más allá de su inscripción en un marco fijo de género. Para ello, es preciso seguir avanzando hacia una desvinculación entre feminidad y maternidad, lo cual implica liberarla de los nombres que la atan a una identidad estable, a un sexo asignado, a una función social naturalizada. Como advierte Cixous, “primero, desconfía de los nombres: son nada más que herramientas sociales, conceptos rígidos, jaulitas de sentido” (Cixous, 2006: 78). Al separar la figura de la madre del constructo esencialista de “la mujer”, se desactiva la supuesta equivalencia automática entre género, maternidad y corporalidad. Pero lo relevante de este proceso es que, al desplazar todo esencialismo que mantenía la figura de la madre en un único lugar, al mismo tiempo, se abre la posibilidad de hacerla accesible para diversos sujetos y formas de existencia: “dite más bien: es bastante grande y varios para ser capaz de la bondad materna” (Cixous, 2006: 79).

Lo materno se convierte entonces en una potencia que no pertenece, en una apertura que permite pensar una maternidad que no responde al nombre de “la madre”. Entender la maternidad como una práctica disidente y transformadora que interpela tanto la identidad como las instituciones, pasa por interrogar los cimientos que la vinculan estructuralmente a la heterosexualidad obligatoria. Si, como sugiere Cixous, lo materno puede encarnarse más allá de los nombres, entonces urge desplazar los marcos que lo fijan a una identidad estable y a un mandato normativo, para expandirlo hacia formas abiertas, relacionales y no apropiables de existencia y cuidado. Proponemos salirnos de madre.

V. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AHMED, S. (2021), *Vivir una vida feminista*. Buenos Aires: Caja Negra. Disponible en: https://cajanegraeditora.com.ar/wp-content/uploads/2021/02/FragmentoAhmed_VivirUnaVidaFeminista_CajaNegra.pdf
- BEAUVOIR, S. de (1974), *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XXI
- CIXOUS, H. (1995), *La risa de la medusa: Ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthropos.
- CIXOUS, H. (2006), *La llegada a la escritura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CIXOUS, H. (2015), “Cuentos de la diferencia sexual”, *Lectora: Revista de dones i textualitat*, 21, pp. 209–231.
- CUSK, R. (2023), *Un trabajo para toda la vida*. Barcelona: Libros del Asteroide.
- DERRIDA, J. (1995), *Khôra* (C. de Peretti, trad.). Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- DERRIDA, J. (2017), *Psique: invenciones del otro*. Madrid: Editorial Trotta.
- DOMÍNGUEZ, N. (2007), *De dónde vienen los niños: Maternidad y escritura en la cultura argentina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.
- FEDERICI, S. (2021), *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- FEDERICI, S. (2022), *Ir más allá de la piel: Repensar, rehacer y reivindicar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo* (A. Catalán Altuna, trad.). Madrid: Traficantes de Sueños.
- GALINDO, M. (2022), *Feminismo bastardo*. Buenos Aires: Madreselva.
- GARZA, C. R. (2013), *Los muertos indóciles: necroescrituras y desapropiación*. Barcelona: Tusquets.
- HEIN, H. (2020), *Estética y feminismo: El papel de la estética feminista en el feminismo (1990) y ¿Por qué no la teoría estética feminista? (1998)* (G. Huerta-Tamayo, trad.). Madrid: Ediciones Corte y Confección.
- HESTER, H. (2018), *Xenofeminismo: Tecnologías de género y políticas de reproducción* (H. Salas, trad.). Buenos Aires: Caja Negra.
- IMAZ, E. (2001), *Maternidades y prácticas reproductivas*. Madrid: Cátedra.
- KRISTEVA, J. (1981), *Investigaciones para una semiótica* (2.ª ed., vol. I). Madrid: Editorial Fundamentos.
- KRISTEVA, J. (1995), “Tiempo de mujeres”, en *Las nuevas enfermedades del alma*, pp. 185–205. Madrid: Cátedra.

- KRISTEVA, J. (2000), *El porvenir de una revuelta*. Barcelona: Seix Barral.
- KRISTEVA, J. (2004), “Sobre la abyección”, en *Poderes de la perversión*. Madrid: Siglo XXI.
- LE GUIN, U. K. (1989), *Dancing at the Edge of the World*. New York: Grove Press.
- LORDE, A. (1993), “Padre, hijo y espíritu santo”, en *Hermana, outsider: Ensayos y discursos*, pp. 161–162. Madrid: Horas y Horas.
- NELSON, M. (2018), *Los argonautas* (A. Magnus y T. Pinto, trads.). Madrid: Tres Puntos Ediciones.
- RICH, A. (2019), *Nacemos de mujer: La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- STONE, A. (2012), *Feminism, Psychoanalysis and Maternal Subjectivity*. London: Routledge.
- TERNICIER ESPINOSA, C. (2024), “Repensando el parentesco: Una política de los afectos en *Los argonautas*, de Maggie Nelson”, en E. Saneleuterio y M. Valero Gómez (eds.), *La rosa incómoda: Lecturas e identidades femeninas en la literatura contemporánea*, pp. 37–48. Madrid: Dykinson.
- TUBERT, S. (1996), *Figuras de la madre*. Madrid: Cátedra.
- VILLARMEA, S. y MASSÓ, E. (2015), “Cuando los sujetos se embarazan: Filosofía y maternidad”, *Ilemata. Revista de Filosofía*, 18, pp. 1–11.
- WEBSTER, J. (2025), *Desorganización y sexo*. Madrid: Ned Ediciones.
- ZAMBRENO, K. (2023), *Derivas*. Logroño: Uña Rota.

TERESA CALATAYUD GALEANO es investigadora JAE-Intro en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (IFS-CSIC) y doctoranda en el programa de Filosofía de la Universidad de Granada.

Líneas de investigación:

Estética contemporánea; escrituras disidentes; teoría crítica; relaciones entre literatura y filosofía.

Email: teresacalatayudgaleano@gmail.com